

IZQUIERDISMO Y FASCISMO

SUS posibilidades son, naturalmente, nulas. El elector francés tiene de todo menos fantasía y audacia. Ni la situación de crisis es tan aguda como para hacerle acudir a remedios drásticos. Estos candidatos —como otros que se han presentado o han anunciado su candidatura, aún con menos forma política— saben perfectamente que no tienen nada que esperar. Su intención política, sin embargo, es coherente. Por una parte, piensan que pueden beneficiarse de los «votos-protesta» de quienes repudian el sistema establecido, los partidos conocidos. Es un fenómeno que está ocurriendo repetidas veces en Europa estos últimos tiempos —los seis millones de votos al partido liberal en las elecciones británicas, los diputados sorpresa en Dinamarca, en Suecia...—, que representa un cansancio ante opciones demasiado iguales, una cierta voluntad de cambio. No son votos a favor de quienes resultan beneficiados de ellos, sino más bien en contra de partidos o de personas demasiado oficiales. Con esta corriente, sin embargo, se presentan ante el país con mayor fuerza de la que realmente tienen: les sería muy beneficiosa en el caso de unas elecciones legislativas próximas (y si ganase Mitterrand la Presidencia no tardarían en convocarse).

Por otra parte, el hecho de ser proclamados candidatos les permite beneficiarse de un mecanismo de propaganda al que habitualmente no tienen acceso. La televisión y las cadenas de radio conceden un tiempo igual a cada candidato y dan ocasión a careos o confrontaciones, y hay unas subvenciones estatales para la propaganda. Para Krivine o para Le Pen poder aparecer en la televisión es un magnífico regalo. No pueden desaprovecharlo. Y esta es una de las grandes razones de su candidatura.

El estudiante Le Pen

Jean-Marie Le Pen apareció en el mundo de la política con el movimiento Poujade, a principios de los años cincuenta. Poujade consiguió poner en pie una considerable masa de pequeña burguesía, sobre todo de comerciantes ahogados por la multiplicación de los grandes almacenes y los circuitos de distribución. Era un movimiento agresivo y duro, que al aparecer, simultáneamente como anticapitalista y como anti-comunista, como aplastado al mismo tiempo por la gran empresa y por el proletariado sindical, tomaba aires fascistas. Llegó a producir algunos temores serios.

En las dos puntas de la larga cuerda de los candidatos a la Presidencia de la República Francesa, la extrema derecha y la extrema izquierda: Le Pen y —hasta el momento— Alain Krivine. Aquél representa lo que muchos no vacilaron en llamar fascismo; éste, que se define como trotskista, los grupos revolucionarios del «gauchisme».

Tenía sus propias milicias, su servicio de orden, y amenazaba con acciones violentas. Dentro de este movimiento surgió como jefe juvenil el estudiante Le Pen. Se hacía gran hincapié en su condición de estudiante: un movimiento sin intelectuales necesitaba ensalzar al único que podía ofrecer algo parecido. El poujadismo se vino abajo, pero Le Pen permaneció. Fundó un Frente Nacional, se presentó a las elecciones legislativas en 1956 y fue diputado hasta 1962. Se le supone en relación con otras organizaciones, legales

o clandestinas, de ideología parecida. El programa con el que se presenta ahora es retórico, pero muy peculiar. Considera que la mayoría en el poder actualmente está seducida por el partido comunista; que hay que crear «un estado fuerte para una Francia libre y fraternal» y que la independencia debe estar basada sobre «un ejército digno de ese nombre»; y un reforzamiento de la ley contra «criminales, delincuentes y perturbadores» (esto es, los «gauchistes»). Pide un «movimiento moral» y una «reforma in-

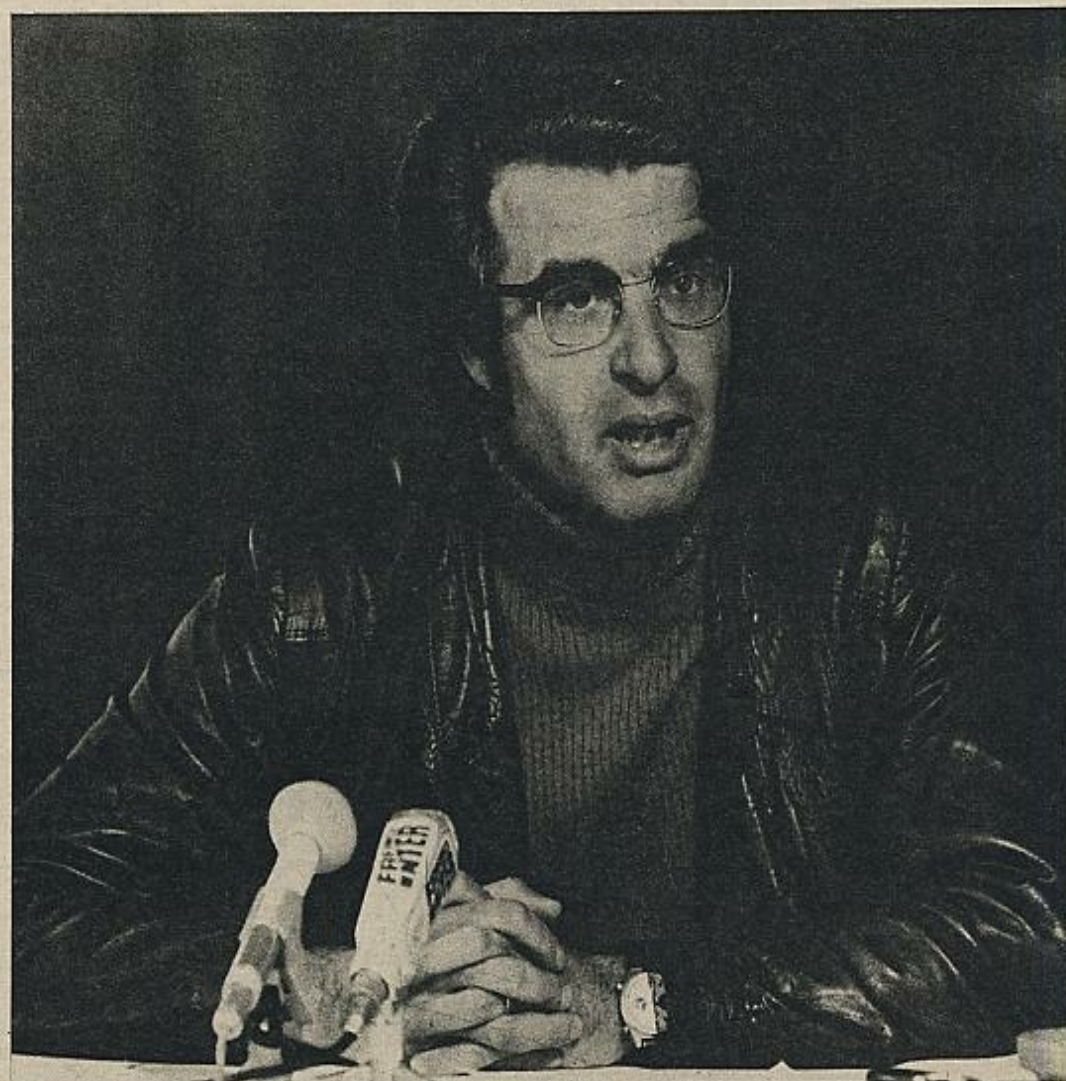
telectual», con medidas drásticas para contener un movimiento de decadencia que todo el mundo deplora». El será el candidato «que hablará menos a los franceses de su vientre y de su bajo vientre y que en cambio les propondrá un gran designio nacional».

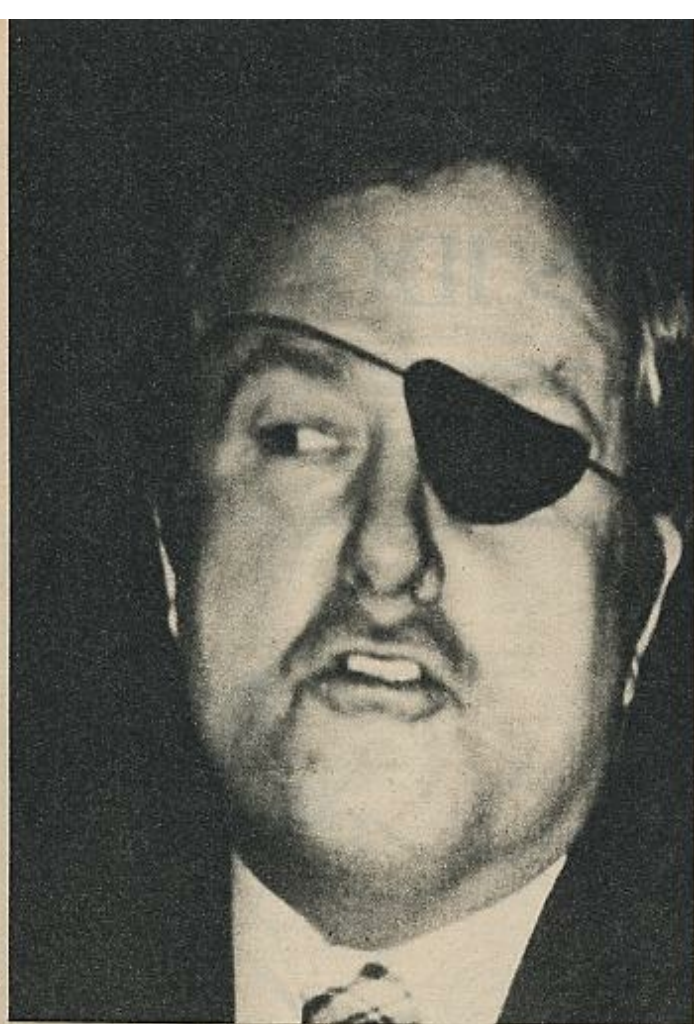
No espera, sin embargo, que un programa tan elevado pueda conquistarle muchos votos. Debe tener escasa fe en la moral de sus compatriotas. Calcula que como satisfactorio, un 5 por 100 de los votos expresados, pero no excluye la posibilidad de «resultados sorprendentes».

El hombre de mayo

El trotskista Alain Krivine brotó a la política en el movimiento juvenil de mayo de 1968, entre nombres como Cohn Bendit, Geismar,

Alain Krivine.





Jean-Marie Le Pen.

Sauvageon. Los otros están más o menos disueltos: Krivine permanece. Fue comunista, un comunista crítico: sus años de permanencia en el partido fueron de continuas discusiones y disensiones, hasta que fue excluido. Aun dentro del partido comunista comenzó a tener conversaciones con Mandel, el trotskista belga; poco a poco fue orientándose hacia la IV Internacional, y se sumó a ella a partir de su exclusión, pero con una organización propia, fundada por él: la Juventud Comunista Revolucionaria. Una gran protagonista de mayo de 68; tanto, que fue una de las pocas organizaciones que el poder consideró necesario disolver. Krivine pasó a la clandestinidad: a partir de entonces ha sido detenido varias veces. Otra organización fundada por él en 1969, la Liga Comunista, fue disuelta también en 1973, lo cual no le impide seguir funcionando en la práctica.

Krivine es antiparlamentario por naturaleza. «Las verdaderas batallas no se libran en las urnas, sino en los lugares de trabajo; como las verdaderas victorias se consiguen en las fábricas y en las calles». Fue, sin embargo, candidato en las elecciones presidenciales de 1969, cuando era soldado (1,05 por 100 de los votos), y se presentó a las legislativas de 1973 (1,91 por 100 de los votos). Es una cuestión de táctica. Con res-

pecto a estas elecciones, su crítica al partido comunista es la de siempre; está a la derecha, se deja llevar por alguien a quien considera un aventurero, Mitterrand. Va «de capitulación en capitulación». Por otra parte, una victoria electoral de la izquierda es utópica, aunque se consiguiese: «No han querido aprender la lección de Chile, pero nosotros no la hemos olvidado...». Esto es, si la izquierda llegase al poder por la vía electoral, la fuerza la desalojaría de ella.

Su candidatura es «provisional». Es decir, dura mientras no se consiga una candidatura única de las fuerzas revolucionarias (los «grupúsculos», las izquierdas ajenas a la unión de Mitterrand), por ejemplo, la del ingeniero Brisaud, que representa a la extrema izquierda no trotskista, que pretende «un programa de autogestión y libertario». Cree que la unión de todas las fuerzas revolucionaristas podrá obtener un porcentaje aceptable en el primer turno. Y en el segundo, Krivine se decidiría a pedir el voto para Mitterrand, a condición de que éste rechace «cualquier combinación con la burguesía».

En la ronda de candidatos hay que considerar a Krivine, pese a su falta absoluta de posibilidades, como uno de los políticos con mayor sentido de organización y valores oratorios. ■ J. A.

Los Contem pora neos

RETRATO DE UN HOMBRE DEFINITIVAMENTE MALO

Volvia cansado por la carretera mojada, vigilando la aguja para no pasarse (esta carretera, ¿será de las de noventa o de las de ciento diez? ¿Tendrá metro y medio el arcén?), sin acabar de comprender si la hora adelantada el sábado se

la habla quitado de su sueño. Volvia aburrido de un descanso sin sentido: mar de color ceno, cielo de plomo, restaurantes caros y malos, viento frío, lugareños hostiles por la escasez de beneficios. Volvia el hombre cargando una familia regañona y decepcionada ("por lo menos, en Madrid, hay cines..." "Y discotecas"). Conducía un poco tenso, porque había leído que ese día habría una docena de muertos en las carreteras, y tenía, a pesar de todo, la intención de que ni él ni los suyos enriqueciesen las estadísticas. Se encontraba en la situación típica que los buenos hablistas suelen llamar de cabreo. ¿Propia de las cabras? ¿De los difamados esposos de las cabras? No quiso detenerse a pensar en las etimologías. Mas le interesaba mantener su velocidad, vigilar a que el camión. Cerrarse los oídos a los murmullos de sus hijos ("Jo, pues vaya rollo..."), no mirar hacia el rostro cerrado de su mujer. Llegar, simplemente llegar. Soportar la caravana a la entrada de la ciudad. Bajar luego los equipajes, arrojarse sobre la cama. Dormir, si fuese posible.

Volvió a su oficina. "¿Qué tal estos días...?" "Pshhh..." "No, si no estará usted contento nunca..." "Algunos no han tenido la suerte de poder marcharse". Bien, estaba en la parte superior de la sociedad que le rodeaba. Comenzó a sentirse ligeramente confortado. A fin de cuentas, él tenía un automóvil, un buen automóvil, y la carestía de la gasolina era algo que podía soportar. Bien era cierto que tras su trabajo tendría que dirigirse a otro. Trabajo quizá fuese una

palabra excesiva. Lo llevaba con calma. Podía leer el periódico.

Había un artículo que le llamó la atención. Hablaba de la tiranía del hombre sobre la mujer. Lo escribía otro hombre. "Dirigimos la sociedad, hemos acaparado todos

los derechos... Hora es ya de que nuestras compañeras sean compañeras y no esclavas...". Su sonrisa se hizo un poco más amplia. Tenía suerte de ser hombre. A fin de cuentas, la parte superior también. Y la de ser padre. Porque en otro lugar se hablaba de la dolorida juventud actual. Aplastada, evidentemente, por los padres. Por él: se estaba hablando de él. Y, una vez más, era el ser superior.

Poco a poco fue comprendiendo que todo en el periódico, en la televisión, en las conversaciones, giraba en torno a él. Era el hombre que despilfarraba la gasolina y las materias primas sobre el hambre y la miseria de las tres cuartas partes de la humanidad. Era el tipo que había hecho un largo, largo puente, con lo cual se habían perdido horas de trabajo en el país. Muchas horas de trabajo. El siniestro tipo que no comprendía bien que Europa estaba viviendo horas de crisis, y se negaba a colaborar en un plan de austeridad. Se comparaba a si mismo con el arquetipo de que se estaba hablando, y todo coincidía.

Evidentemente, era el rey de la creación. ¡El malo! No quiso de ninguna manera pensar que la culpabilidad pudiera estar lejana y difusa, que en realidad era un sujeto teledirigido, conducido, ahormado, obligado y, finalmente, aburrido. Se negó a verse como tanto útil de la sociedad de consumo, como padre objeto de sus hijos, como marido sacrificial. Su única compensación era asumir esta condición del verdaderamente malo. Por fin podía ser un ser definitivamente superior. ■

POZUELO